

Entre la carcajada y la desesperación. El ocio y el trabajo en la obra de Roberto Arlt

Los años veinte, cuando Roberto Arlt publica sus novelas, entre el Centenario y la década infame, pueden caracterizarse de distintas maneras pero la proliferación de movimientos sociales de protesta, huelgas, entre otros, señalan a las claras la crisis del liberalismo que implicará una redefinición contundente del trabajo y, en consecuencia, del ocio.

La literatura de Arlt leída desde el presente, impacta el desacomodo que provoca, la inquietud y la incertidumbre como efectos de lectura que duplican el mismo desasosiego ocasionados hoy por la transformación sufrida por el trabajo que de gran organizador del tiempo y de la vida fue retrocediendo y cambió tanto que hizo posible hablar de “el fin del trabajo”, de la “era del fin del trabajo”, del “ocaso de la sociedad del trabajo” y aunque se reconozca que “Desde el principio de los tiempos, las civilizaciones han quedado estructuradas, en gran parte, alrededor del concepto de trabajo” (Rifkin, 2002: p. 23), el mismo Rifkin tituló su libro, *El fin del trabajo* y por su parte André Gorz (1998) en *Misérias del presente, riquezas de lo posible* llegó a proponer el Éxodo de la sociedad del trabajo;¹ sin embargo, su importancia es irrefutable. El trabajo como creador de valor se mide en tiempo y se expresa en dinero; por eso el ordenador del tiempo, el que dignifica, el causante de grandes luchas de la historia y de grandes dramas cuando falta, tiene otro lugar en el presente aunque subsistan la preocupación por encontrar un medio de sustento o el temor a perderlo y su presencia o su falta son los que están en toda consideración del tiempo libre y en la iridiscencia del ocio y los pasatiempos. Si: estar “ocupado” es, entre otras cosas, no tener tiempo, en qué emplea el tiempo alguien “desocupado” parece ficcionalizar una y otra vez Arlt.

El “fin del trabajo” tiene innumerables facetas: falta de trabajo, abandono del trabajo o desocupación, huelga, día festivo, haraganería, descanso, ocio o falta de necesidad, posición privilegiada; en forma concomitante aparecen entonces la pobreza o el lujo, la riqueza o la ostentación de bienes u obras de arte pero nunca deja de estar presente el

¹ Hay que atreverse a querer el Exodo de la “sociedad del trabajo”: no existe más y no volverá. [...] Es preciso que el “trabajo” pierda su lugar central en la conciencia, el pensamiento, la imaginación de todos: hay que aprender a echarle una mirada diferente” no pensarlo más como aquello que tenemos o no tenemos, sino como aquello que hacemos. Hay que tener la voluntad de apropiarse del nuevo trabajo. (Gorz, 1998, p. 11)

tiempo libre. Indagar las vicisitudes del ocio y los pasatiempos en sus avatares literarios puede ser una caja de sorpresas, un recorrido más de una vez asombroso, paradójico, desopilante y algunas veces, dramático. “El trabajo [...] es placer aun en el esfuerzo más desesperado. La libertad que connota es la misma que la sociedad burguesa sólo reserva para el descanso a la vez que, mediante tal reglamentación, la anula” (Adorno, 1998, p. 125). El equilibrio o la oposición entre trabajo y tiempo libre ha sido objeto de controversias y desacuerdos en sus enfoques y el ocio ha padecido desde el elogio y la celebración a la sospecha cuando no a la más contundente condena: holgazanería anárquica, ética protestante, ocio administrado son algunas de las resonancias de tal condena.

El ocio atraviesa la obra de Roberto Arlt que produjo el gran cimbronazo no por contar la basura del trabajo burgués, las humillaciones, rutinas y miserias de los pequeños empleados y de los trabajos mal pagados y frustrantes sino por haber introducido mucho más veladamente que todo esto, a través del ocio, del gusto por no trabajar, el haraganeo y el vagabundear la más contundente representación de la crisis del trabajo. Para algunos, un mundo sin trabajo señalará el inicio de una nueva era en la historia, era en la que el ser humano quedará liberado a la larga de una vida de duros esfuerzos y de tareas mentales repetitivas. Para otros, la sociedad sin trabajo representa la idea de un futuro poco halagüeño de desempleo afectando a un sinnúmero de seres humanos y de pérdidas masivas del puesto de trabajo, agravado por una mayor desazón social e innumerables disturbios (Cfr. Rifkin 2002: p. 33). El interés de la literatura por la figura del pobre y el mundo de la miseria ofrece variadas escrituras y manifestaciones artísticas; Arlt que imaginó unas figuras de pobres absolutamente diferentes es un testimonio de gran valor por el lugar ambiguo, no conmisericordioso, voluntario a veces, de la pobreza alcanzada. Por otra parte, en las biografías de las *Aguafuertes*, en las de los Espila en *Los siete locos* y en la del mismo Silvio Astier en *El juguete rabioso* hay desde el momento de constituirse en “desocupados voluntarios”, una especie de situación social anulada y entonces a partir de esto podrían pensarse diferentes tipos de marginación: anómica, delictiva o heroica.

Arlt parece suscribir lo que decía Paul Lafargue: “[...] los curas, los economistas y los moralistas han sacrosantificado el trabajo” y que “Todas las miserias individuales y sociales son el fruto de su pasión por el trabajo y he allí su terrible castigo” (Lafargue,

2003: p. 70 y 74) y así hace posible distinguir el *ocio novelesco* del *ocio de crónica* sólo en ocasiones semejantes y con frecuencia completamente distintos. En *El juguete rabioso* los dos primeros relatos del ocio están relacionados con el entretenimiento, la diversión y alguna forma del arte. El primero, el más conocido, es el relato del tiempo que Silvio Astier pasa con el zapatero andaluz que al darle los libros le cuenta, le adelanta, un fragmento de esa literatura que Silvio “devoraba” porque “soñaba con ser bandido y estrangular corregidores libidinosos” (Arlt, 1973: p. 9); el segundo relato del ocio es el de un pasatiempo reduplicado: Silvio pasa muchas horas en la casa de la familia de su amigo Enrique Irzubeta a la que visita asiduamente porque él no tiene nada que hacer y porque hay en ellos una suerte de suave erotismo² que le resulta irresistible: a nadie le gusta trabajar, “todos holgaban con vagancia dulce, con ocios que se paseaban de las novelas de Dumas al reconfortante sueño de las siestas y al amable chismorreo del atardecer” (Arlt, 1973: p. 13)³. Las horas libres están cruzadas por un filón artístico: Enrique dibuja y las hermanas leen. Esto recuerda la caracterización que hace Chartier cuando relaciona la lectura y el ocio al decir que en los siglos XVI y XVII, en Europa la lectura se había convertido para los letrados, en el acto de ocio por excelencia, íntimo, secreto, privado, una manera de retirarse del mundo y de apartarse de los asuntos de la ciudad. Agrega:

“En las representaciones y en las prácticas sociales, el acto de lectura define una conciencia nueva de la individualidad y de lo privado, construida fuera de la esfera de autoridad pública y del poder político, fuera también de los múltiples lazos que constituyen la vida social o doméstica (Chartier, 1992: p. 122).

Volvemos a Arlt: la apoteosis la constituyen los hermanos que “durante el día tomaban abundantes baños de sol y al oscurecer se trajeaban con el fin de ir a granjear amoríos entre las perdularias del arrabal” (Arlt, 1973: p. 14), suerte de *calaveras* con talento natural y poca aprensión, las dos cualidades distintivas ya que un timorato de qué dirán no podría jamás llegar a serlo.⁴ El ocio y los pasatiempos son divertidos y el arrabal, así

² ¿Será como dice Bataille?: “el trabajo liberó al hombre de su animalidad inicial. El trabajo fue, ante todo, el fundamento del conocimiento y de la razón”? y que “para comprender el erotismo hay que comprender el trabajo” Bataille (1997: p. 60 y 59 respectivamente).

³ Sin embargo, habrá una distinción entre la vagancia de la negativa al trabajo y el vagabundeo o callejeo placentero propicio para observaciones y aprendizajes. Ver “El placer de vagabundear” (Arlt, 1976: p. 92).

⁴ Cfr. “Los calaveras” en Larra, 1959: p. 226.

en singular es de putas, noche y vagancia. Arlt parece contradecir la posición de Simmel cuando afirma que

“El trabajo es esfuerzo, fatiga, dificultad, de modo que, cuando no lo es, se acostumbra a decir que no es trabajo. Visto desde la perspectiva de los sentimientos que procura, el trabajo consiste en la superación continua de los impulsos hacia la negligencia, el goce y las facilidades de la vida... ya que el no trabajar únicamente se experimenta como una carga en los casos más excepcionales...Nadie se resigna a aceptar los sufrimientos y la fatiga del trabajo sin recibir nada a cambio” (Simmel, 1976: p. 528).

En ese mundo que tanto le gusta, Silvio también disfruta de los pequeños robos y del dinero porque “no era el dinero vil y odioso que se abomina porque hay que ganarlo con trabajos penosos [...]” (Arlt, 1973: p. 22). Pero esto pronto se termina: el dueño de la casa donde vive la familia de Astier les aumenta el alquiler y se tienen que mudar “a un siniestro caserón de la calle Cuenca, al fondo de Floresta” (Arlt, 1973: p. 41); la madre le señala entonces que tiene que trabajar; Silvio, empieza a sentir odio por la miseria acosadora de todos los días; busca trabajo, lo encuentra y pierde definitivamente el ocio aventurero entrando en el mundo sórdido que todos conocemos. La ambivalencia en relación con el dinero es propia de Arlt: falta, se lo necesita, se sueña con él, se puede llegar a cometer cualquier atrocidad por él pero a la vez se lo desprecia, no vale mucho luchar por tenerlo. Es sucio, “cochino”⁵

En Arlt el desprecio del trabajo no constituye una clase ociosa, como tampoco constituye propiedad el hecho mecánico del uso y del consumo; lo paradójico es que en general abstenerse del trabajo es la prueba convencional de la riqueza y, por ende, la marca convencional de una buena posición social; y esta insistencia en lo meritorio de la riqueza conduce a una insistencia más vigorosa en el ocio, cosa que no sucede ni en su narrativa ni en las crónicas⁶.

⁵ “El que hoy todavía, por ejemplo, se metan los ahorros en el cochinito procede tal vez de la idea de que el sacrificio del puerco garantizaba fecundidad y riquezas; cuando el cochinito está lleno, se le sacrifica y se espera que contenga más dinero que el que en él se metió” (Kurnitzky, 1992: p. 195).

⁶ “Conforme se acumula riqueza se va desarrollando cada vez más la clase ociosa por lo que se refiere a su estructura y funciones y surge una diferenciación dentro de ella. Hay un sistema más o menos complicado de rango y grados. Esa diferenciación se fomenta por la herencia de riquezas y la herencia, consiguiente a ella, de hidalguía” Veblen, 1992: p. 83).

El ocio y el tiempo libre, las horas muertas sufren una gran modificación en las *Aguafuertes* y así el matiz aventurero y delictivo de *El juguete rabioso* cambia y aparece uno decididamente jocoso o delicadamente irónico; la observación de las crónicas está sostenida en gran medida en el ocio ya sea del que sale a caminar y mira, con la particularidad de que esa mirada se posa frecuentemente sobre personas que ejercen, por así decirlo, un ocio deliberado; inventa un “escenario”, la conciencia de estar observando y arma un pequeño diccionario de las palabras que se usan en Buenos Aires, del castellano al lunfardo, para designar ese persistente no hacer nada o negativa a trabajar: *squenun*, *fiaca*, etc. Entonces, en “Molinos de viento en Flores” dirá: “Hoy callejeando por Flores....: (Arlt, 1976: p. 12) lo cual introduce un cambio sustancial en relación con Borges⁷: la percepción de las cualidades de la ciudad moderna se asocian, desde el comienzo, con un hombre que pasea a pie, como si estuviera solo, por sus calles, las caminatas son ahora un callejear con el matiz de vagancia atorrante y popular que conlleva; entonces, empiezan a desfilan los observados en su ocio que tendrá muchas variantes y un constante escándalo: el que se abstiene de trabajar se coloca por encima de la vergüenza que significa el trabajo y a la vez no es ni aristócrata, ni rentista ni un superviviente de viejas épocas. Se produce así una suspensión, una suerte de anulación del tiempo y se extiende un tiempo monótono, no cortado por jornada laboral alguna sino sometido a otros ritmos e interrupciones donde no se tiene en cuenta el dinero; en “El hombre de la camiseta calada” (así llamado por una costumbre que lo define y que es común a todos los maridos de las planchadoras: usa camisetas caladas) a quien llama el “Guardián del Umbral” (Arlt, 1976: p. 17) explica que es un sujeto definido por el trabajo de un otro que lo mantiene, su mujer, que se desloma planchando.⁸ A la semana de haberse casado, el hombre de la camiseta calada empezó a alegar que a él los jefes le tenían envidia y que por eso no se mantenía fijo en ningún trabajo para terminar espetándole a la suegra que el trabajo que le querían dar no estaba en consonancia con su abolengo. “Cierto que el muchacho no es malo, pero le gusta tan poco trabajar...” (Arlt, 1976: p. 19) dirá entonces el cronista. La vida sin trabajar es una buena vida -“¡Qué linda la vida de este ciudadano!” (Arlt, 1976: p. 19)- ya que puede darse unos módicos gustos que el uso de diminutivos ratifica: *matea*, se toma una *cañita* en el almacén de la esquina, duerme su *siestita* y si esto no es suficiente para calificarlo

⁷. “La calle era de casas bajas, y aunque su primera significación fuera la pobreza, la segunda era ciertamente la dicha. Era de lo más pobre y de lo más lindo” (Borges, 1994: 124).

⁸ [...] el espíritu de los grandes filósofos del capitalismo permanece dominado por el prejuicio del sistema salarial, la peor de las esclavitudes (Lafargue, 2003: p. 142).

como buena persona sí alcanza para considerarlo “no malo”, de modo que si el ocio y el consumo de bienes son los modos de conseguir un buen nombre, en este caso, no hay nombre pero sí cierta buena reputación⁹. Se corrobora irrisoriamente que un nivel de vida es un hábito y la dificultad en descender desde un patrón acostumbrado es la dificultad de romper un hábito una vez que se ha formado. Veblen sostenía que el gasto ostensible y el ocio ostensible sustentan la buena reputación puesto que constituyen pruebas de fortaleza pecuniaria. Acá Arlt llega a demostrar que no existe tal relación. “El ascendiente primero del ocio como medio de conseguir reputación, deriva de la distinción arcaica entre empleos nobles e innobles. En parte, el ocio es honorable y llega ser imperativo porque muestra una exención de todo trabajo innoble. [...] Se robustece su ascendiente por el hecho de que, en cuanto demostración de riqueza, el ocio sigue teniendo aún tanta eficacia como el consumo”. (Veblen, 1992: p. 98).

Este hombre mira pasar gente y se da baños de vagancia lejos de cualquier idea de fracaso¹⁰ sobre impuesta a la obra de Arlt por la crítica y al mismo tiempo puede ser identificado como uno de los desposeídos que describe Bourdieu, reconocibles en la utilización del tiempo libre:

“Los desposeídos se denuncian de inmediato hasta en la utilización del tiempo libre. No tienen los conocimientos ni las maneras que reciben su valor en el mercado de los exámenes escolares o de las conversaciones mundanas. No tiene, por ejemplo, el arte de beber ni de comer porque el gusto en materia de alimentos depende también de la idea que cada clase se hace del cuerpo y de los efectos de la alimentación sobre el mismo” (Bourdieu, 1998: p. 146).

La vagancia, ligada al mirar sin palabras -no dice nada, se vuelve silencioso y filosófico- lo convierten en “el Sócrates del conventillo” (Arlt, 1976: p. 19). Es decir, pobreza y ausencia de trabajo pueden ir juntas pero también pueden ir juntas ausencia

⁹ “De la precedente ojeada sobre el desarrollo del ocio y el consumo notorios, resulta que la utilidad de ambos para el fin de conseguir y mantener una reputación consiste en el elemento de derroche común a los dos”. (Veblen, 1992: p.92).

¹⁰ “El fracaso es el gran tabú moderno. La literatura popular está llena de recetas para triunfar, pero por lo general callan en lo que atañe a la cuestión de manejar el fracaso. Aceptar el fracaso, darle una forma y un lugar en la historia personal es algo que puede obsesionarnos internamente pero que rara vez se comenta con los demás” (Sennet, 2000: p. 124).

de trabajo, diversión y sabiduría: “Tiene la sabiduría de la vida y la sapiencia que concede la vagancia contumaz y alevosa” (Arlt, 1976: p. 20). Lejos está Arlt de despreciar el ocio que carece de finalidad ostensible, en especial el que refiere al gran ocio plebeyo, el que se colocó en desacuerdo con la tradición del *otium cum dignitate*. Las exigencias de la lucha por los medios de vida son menos fuertes para esta clase que para cualquier otra; y como consecuencia gozan también de una suerte de posición privilegiada.

En las *Aguafuertes porteñas* la haraganería no siempre es del todo celebrada y puede ser amortiguada por la ironía, como en este caso se da por la aplicación de atributos que la descalifican: es “contumaz y alevosa”. Roberto Arlt parece corroborar lo que sostiene Paolo Virno: se trata claramente de la formación de subjetividades que se realiza en lo esencial fuera del trabajo (Virno, 2003) pero también puede ser la forma con que se presenta la protesta social en la cual el conflicto subyacente de pobres contra ricos se advertiría claramente.

En el mismo sentido, se puede leer el aguafuerte donde aclara el sentido popular de la palabra ‘fiaca’¹¹ que puede abarcar desde una rotunda negativa hasta un ataque momentáneo y elogia al “fiacún” quien al negarse a trabajar no obra con premeditación sino instintivamente lo cual lo vuelve digno de todo respeto (distinto del hombre que se tira a muerto, un simulador, el que hace *como si* trabajara)¹².

A propósito de squenun, Arlt despliega un irónico y breve estudio de la evolución de la palabra y se centra en una apreciación hecha casi siempre por los otros: el no hacer nada es sopesado, evaluado socialmente, criticado pero siempre desde el punto de vista de los otros: el squenun es disculpado por la madre, amonestado por el padre, odiado por la madre de la novia y este “fenómeno de cansancio social” (Arlt, 1976: p. 44) que tiene la espalda derecha pues nunca la encorvó bajo ningún fardo, no es producto de la familia porteña sino italiana. Siempre es bueno poner más lejos tal extremo irrecuperable de haraganería. El ocio en Arlt es un ocio que se ofrece a la mirada del cronista de una manera tan pertinaz que necesitó encarnarla en subjetividades y por eso la crítica ha insistido tanto en que Arlt en las *Aguafuertes porteñas* no hizo sino construir “tipos”.

¹¹ “Deseo de no hacer nada. Languidez. Sopor. Ganas de acostarse en una hamaca paraguaya durante un siglo” (Arlt, 1976: p. 40).

¹² Ver “Apuntes filosóficos acerca del “hombre que se tira a muerto”” (Arlt, 1976: p. 59) y “El parásito jovial” donde se analiza al “garronero”.

Yo creo que construyó el espacio del ocio como la gran curiosidad, lo más memorable que se ofrece a la mirada a tal punto que un mirón es, como contrapartida, alguien que presenta la particularidad de ser un fiaca y tener “una rentita atorrante” (Arlt, 1976, p: 53) y así se aleja del trajín, los afanes, los ruidos, el apuro y la mercantilización de la ciudad moderna que aparecerá en su narrativa con otros ropajes. Hay casos de *pequeños sabotajes* al trabajo como el que realiza el “enfermo profesional”, un “hombre que trabaja durante dos meses en el año, y el resto se lo pasa en su casa” (Arlt, 1976: p. 171) y que a diferencia del ocio completo, no acarrea pobreza. Tanto está el ocio arltiano impregnado de una negativa al trabajo que hasta los que deciden disfrutar de la naturaleza y tomar sol, extreman el deleite o el tiempo dedicado a eso, dejan de trabajar y se vuelven pobres, pobreza manifiesta en signos de deterioro pero no en el sufrimiento: la pobreza no “se sufre”, sólo se tolera con lo cual también desbarata el lugar común: “se resignan a tener los botines rotos antes que perder su bañito de sol” (Arlt, 1976: p. 57). Dejar el trabajo es el requisito del entretenimiento, los placeres y la diversión y puede llegar a ser un ocio de “tiempo completo” lo cual también propone una idea distinta del ocio¹³ Pero entonces ¿qué pasa cuando sobreviene el aburrimiento?: Arlt declina de un completamente modo distinto al de la generación del 80 este sentimiento. Sin embargo hay aguafuertes que alternan el tono jocoso con uno mucho más cercano al de las novelas, como “El tímido llamado”, donde constata la observación de un joven mal vestido que está tocando un timbre con actitud ansiosa, de expectativa, del que está buscando trabajo y que bien podría ser el Silvio Astier de *El juguete rabioso* o “La tragedia del hombre que busca empleo”, otra aguafuerte, donde da cuenta de la cantidad de ofrecidos en los diarios, de lo que gasta diariamente esa gente viajando para buscar trabajo, y que verdaderamente podrían constituir, dice Arlt, el gremio de los desocupados, y hasta pedir personería jurídica.

En 1929 aparece *Los siete locos* y lo que da comienzo a esa novela es dejar atrás el mundo del trabajo. Erdosain roba y el inicio mismo de la novela es la salida del mundo del trabajo y la entrada en otro mundo. Él tiene que reponer el dinero que robó, entonces tiene que salir a conseguirlo o encontrar a alguien que le preste ese dinero, iniciando así una serie de búsquedas, contactos y encuentros en los que se pone en relación con distintos personajes; en un momento dado logra que le presten el dinero para restituirlo,

¹³ La interrupción de una vida de vagancia constituye un verdadero escándalo social, nadie le cree a alguien que después de 25 años de “tirarse a la bartola” decide trabajar; eso sí, lo hace de 9 de la noche a dos de la mañana para no sentir que trabaja.

y sin embargo continúa la búsqueda, porque entra a un mundo, otro, distinto, que no es el mundo del trabajo. La gran diferencia entre este mundo y el de las *Aguafuertes* es que en éstas la noción de pausa o suspensión del trabajo indica que no es necesario situarse en un espacio utópico para rendir homenaje a la inutilidad cosa que sí ocurre en *Los siete locos* donde todos los que están en ese universo no trabajan, hay una verdadera salida del mundo del trabajo que esta relacionada con el dinero y después con el delito porque esta narrativa sostiene que *el dinero no se gana trabajando* (cosa que fuera de la ficción también en tiempos no muy lejanos escuchamos los argentinos); pero también esta relacionada con el tiempo libre que les permite hablar, reunirse para idear un proyecto revolucionario que confirma “los caracteres principales de la socialización extralaboral –un marcado sentido de la contingencia, familiaridad con el desarraigo, relación inmediata con el mundo de lo posible [...]” (Virno, 2003: p. 65). Marx sostiene que el dinero no es solamente el objeto, sino al mismo tiempo la fuente del afán de enriquecimiento, la sed de placeres en su forma universal y la avaricia, son las dos formas particulares de la avidez de dinero. Arlt parece sostener el principio de la avaricia: sacrifica y renuncia a toda relación con los objetos de las necesidades particulares. No hay una relación con los objetos sino sólo la necesidad de dinero.

Pero en cambio, hay dos capítulos en *Los lanzallamas*, “El proyecto de Eustaquio Espila” y “Los dos bergantes”, que cierran el círculo: Eustaquio y Emilio Espila son dos hermanos que viven de un modo miserable, y pasan hambre: “llevaban dos días sin echar al estómago ni una sola cáscara de pan seco” (Arlt, 1977: p. 155) y se sabe que no trabajan; sus ambiciones son totalmente contrapuestas porque mientras Emilio espera trabajar, quiere ser linotipista o trabajar en el campo, Eustaquio que sabe cálculo infinitesimal quiere ser atorrante y sólo a veces gana un poco de dinero dándole clases de álgebra a algunos estudiantes. Entonces, Eustaquio –que es sordo- pergeña “El gran proyecto”: le propone a su hermano Emilio que es ceceoso salir a pedir limosna, disfrazándose Eustaquio de ciego y oficiando Emilio de lazarrillo. Acá se abre un interrogante: los mendigos ¿son un elemento integrante de la pobreza o es uno de sus testimonios?¹⁴ Es la única vez que la miseria aparece expuesta de este modo (la

¹⁴ Geremek (1991) en su exhaustivo estudio da cuenta de los debates que hubo en Europa en cuanto a la valoración de la pobreza, de la miseria y del pobre. Cuando se apaga la aureola de perfección que rodeaba a la pobreza voluntaria va a aparecer, por el contrario, como una plaga social y el pobre como la figura peligrosa para el orden social y así ejemplifica: “En la literatura rusa antigua, la figura del pobre-mendigo

inquietud y la desconfianza que genera la miseria tiene una historia fluctuante y ambivalente) pues se manifiesta en escasez de comida y escasez de dinero pero atemperada porque si bien viven en estado de necesidad y pobreza, también, por lo menos uno de ellos, lleva una vida casi gozosa y son absolutamente fieles a la larga tradición del mendigo: recurren al fraude (el fraude es, de hecho, la verdadera técnica del pordioseo y es necesario procurarse personalmente una minusvalía o fingirla) para obtener limosna (desde el principio parecen lo que no son, parecen fugados de un hospital) planean llevar un cartel que diga “Ciego por servir a la Ciencia” y como subtítulo “Vapores de ácido nítrico le quemaron el nervio óptico” y como alegan que hay leyes que prohíben la mendicidad harán como si vendieran caramelos “y bajo cuerda limosnearemos” (Arlt, 1977: p. 159). Finalmente, salen a pedir, se trazan un itinerario y en una Nota, el Comentador aclara que Eustaquio fija los recorridos “arguyendo que sin principios científicos las profesiones más productivas no daban resultado” (Arlt, 1977: p. 221), armando un itinerario que no es paseo ni mirada e inventando un decir, una historia que intenta verosimilizar la mendicidad: Emilio con su casi jerga ceceante le explica a una joven que se detiene que “su padre” (cosa que tampoco es verdadera) estaba haciendo una reacción con ácido nítrico, se rompió el tubo de ensayo y con la explosión le saltaron gotas y vapores a los ojos. Y agrega: “Los pobres somos las víctimas, zeñorita” (Arlt, 1977: p. 222). Los mendigos suelen decir algo, solicitan caridad en nombre del Señor o aducen una enfermedad. Geremek, el gran estudioso de esa tradición, sostiene:

“Es muy difícil distinguir en el cuadro tipológico del ambiente las profesiones ejercidas, pues vagabundeo, mendicidad, latrocinio, bandidaje y fraude confluyen en un común modo de vida. La distinción deriva a veces solamente de la preponderancia de una ocupación sobre las otras” (Geremek, 1991: p. 120)¹⁵. Esto es perfectamente aplicable a los Espila que no trabajan y deciden mendigar, tienen una casi jerga e inventan una historia en la que la enfermedad o la discapacidad (la ceguera en este caso) funciona sobre dos planos: el del *mundo de la risa* y el de una semisantidad” (p. 48).

¹⁵ Geremek (1991) en su minucioso estudio donde se pregunta si la literatura del mendigo es prueba de la manifestación y el desarrollo de la pobreza como fenómeno social, hace una detallada clasificación de las prácticas a las que apelaban los mendigos: los que se quedaban en su ciudad y eran acompañados por niños o por toda su familia; los que decían que habían pasado años en prisión y hasta llevaban consigo las cadenas; los que se colocaban delante de las iglesias; los que fingían estar locos o ciegos; los que se flagelaban delante de las iglesias diciendo que habían sido verdugos, etc.

es la razón de la mendicidad¹⁶, se quejan cuando les dan poco y se enfurecen cuando en un conventillo les acercan comida: se preguntan si acaso creen que están muertos de hambre o que tienen un criadero de cerdos (asistir a los pobres forma parte de las obligaciones de las clases pudientes) y el bienestar de la condición del mendigo tiene también su precio: es pesado fingir estar ciego pero la ficción también es testimonio indirecto, elocuente e invertido del terror ante el vagabundo. Una característica de la vida de los vagabundos es la valoración del instante presente, una preocupación sólo por el día que transcurre sin ningún tipo de proyección ni esbozo de futuro evidente en el hecho de consumir de forma inmediata, de comer por la tarde todo lo que han logrado juntar con gran trabajo durante la mañana. Hay un problema fundamental en la cuestión del juicio sobre el valor moral de la miseria, sobre la condición de mendigo y sobre el principio de limosna que en general está justificada sólo cuando no contribuye a la ociosidad. En palabras de Simmel, la humillación, la vergüenza, la descalificación que significa la limosna disminuyen cuando ésta no es solicitada por compasión o apelando al sentimiento del deber, sino exigida como un derecho del pobre (Simmel, 1939: p. 59). Pero acá hace su entrada casi triunfal el dinero porque tal como sostiene Kurnitzky “Si el dinero es el vínculo que me une a la sociedad, a la naturaleza, a los hombres, y a la vida *humana*, ¿no es el dinero el vínculo de todos los *vínculos*? ¿No puede atar y desatar todos los lazos? ¿Y no es también, por ello mismo, el medio general de la desunión?” (Kurnitzky, 1992: p. 25).

En esta descripción donde aparece el limosneo casi como profesión adoptada, la miseria es real y detrás de ella está la ausencia de trabajo por razones no del todo explícitas pero claramente discernible una: Eustaquio que no quiere trabajar, pone en evidencia la relación entre engaño y trabajo. Corte de los Milagros¹⁷ que se completa con ese remedo de jerga que es el ceceo de Emilio (Eustaquio es sordo). Arlt parece ir contra una difundida ética del trabajo pero ¿qué es la ética del trabajo? Zygmunt Bauman explica que es una norma de vida con dos premisas explícitas y dos

¹⁶ No apelan a la que según Geremek era una de las simulaciones más frecuentes: la epilepsia por su carácter espectacular y porque la técnica de simulación era relativamente fácil (Cfr. Geremek, 1991: p. 124).

¹⁷ Para Geremek “fue Víctor Hugo quien hizo famosa la descripción de la corte de los milagros [...] Así, hizo pervivir durante largo tiempo el estereotipo del barrio parisino del crimen, barrio descomunal, lóbrego, amenazador, lleno de gente, ruidoso, sumergido en una penumbra...” y agrega que “la señal distintiva de la pertenencia a la *tour des miracles* es la particular capacidad de ganar dinero empleando las prácticas fraudulentas de la simulación” (Cfr. Geremek (1991): p. 174 y 177 respectivamente).

presunciones tácitas: “La primera premisa dice que, si se quiere conseguir lo necesario para vivir y ser feliz, hay que hacer algo que los demás consideren valioso y digno de un pago. [...] La segunda premisa afirma que está mal, que es necio y moralmente dañino, conformarse con lo ya conseguido y quedarse con menos en lugar de buscar más; [...] Dicho de otro modo: trabajar es un valor en sí mismo, una actividad noble y jerarquizadora. (Bauman, 2003, p. 17). Pero una ética tiene algunos presupuestos básicos; el mismo Bauman: “La primera presunción tácita es [...] El trabajo es el estado normal de los seres humanos; no trabajar es anormal. [...] La otra presunción sostiene que sólo el trabajo cuyo valor es reconocido por los demás [...] tiene el valor moral consagrado por la ética del trabajo” (Bauman, 2003: p. 18). Arlt plantea de modo inédito en la literatura argentina una verdadera salida de la sociedad del trabajo de una manera jocosa, angustiante o violenta y lo hace sobre el trasfondo del derecho a la pereza como predicara Paul Lafargue, el yerno de Marx:

“Es necesario que [el proletariado] vuelva a sus instintos naturales, que proclame los derechos a la pereza, mil y mil veces más nobles y más sagrados que los tísicos derechos del hombre, concebidos por los abogados metafísicos de la revolución burguesa; que se empeñe en no trabajar más de tres horas diarias, holgando y gozando el resto del día y de la noche” (Lafargue, 2003: p. 96).

Dice Geremek que en todas las descripciones y argumentaciones sobre la especialización de los mendigos, estén estas teñidas de la seriedad de un tratado o de una comicidad intencional, es evidente la relación entre engaño y trabajo. La especialización profesional, la utilización de técnicas convenientes y de instrumentos *ad hoc* llevan de hecho a contemplar el ambiente de los timadores desde las categorías del mundo del trabajo. (Geremek, 1991: p. 202) sin olvidar que la representación de la libertad del vagabundo se connota con rasgos de “revuelta”. Queda pues en Arlt derribado un mito: la educación no siempre permite realizar los sueños de promoción social y entonces, no queda más remedio que el vagabundeo y emplear la propia profesión cuando sea necesario o cuando se presente la ocasión.

BIBLIOGRAFÍA

- T. Adorno (1998). *Minima Moralia*, Madrid, Taurus.
- Arlt, Roberto (1976). *Aguafuertes porteñas*, Buenos Aires, Losada.
- Arlt, Roberto (1973). *El juguete rabioso*, Buenos Aires, Losada.

- Arlt, Roberto (1929). *Los siete locos*, Buenos Aires, Claridad.
- Arlt, Roberto (1977). *Los lanzallamas*, Buenos Aires, Losada.
- Bataille, G. (1997). *Las lágrimas de Eros*, Barcelona, Tusquets.
- Bauman, Zygmunt (2003). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa.
- Borges, Jorge Luis (1994). *El idioma de los argentinos*, Buenos Aires, Seix Barral.
- Bourdieu, Pierre (1998). *La distinción. Criterio y bases sociales del buen gusto*, Madrid, Taurus.
- Chartier, Roger (1992). *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa.
- Donoghue, Geremek, Bronislaw (1991). *La estirpe de Caín. La imagen de los vagabundos y de los pobres en las literaturas europeas de los siglos XV al XVII*, Madrid, Mondadori.
- Gorz, André (1998). *Miserias del presente, riqueza de lo posible*, Bs. As., Paidós.
- Kurnitzky, Horst (1992). *La estructura libidinal del dinero*, México, Siglo XXI.
- Lafargue, Paul (2003). *El derecho a la pereza*, Bs. As., Longseller.
- Larra, Mariano (1959). *Artículos de costumbres*, Madrid, Espasa Calpe.
- Marx, Karl (2000). “Introducción general a la crítica de la economía política” en *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI.
- Rifkin, Jeremy (2002). *El fin del trabajo*, Bs. As., Paidós, 2002.
- Sennett, Richard (2000). *La corrosión del carácter*, Barcelona, Anagrama.
- Simmel, Georg (1939). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, Bs. As., Espasa Calpe.
- Simmel, Georg (1976). *Filosofía del dinero*, Instituto de Estudios Políticos.
- Veblen, Thorstein (1992). *Teoría de la clase ociosa*, México, FCE.
- Virno, Paolo (2003). *Virtuosismo y revolución*, Madrid, Traficantes de sueños.